



LOS 100 MITOS GRIEGOS

DE ÁTIKO EL CONTADOR
DE HISTORIAS

LUCY COATS
ILUSTRACIONES DE BEA TORMO

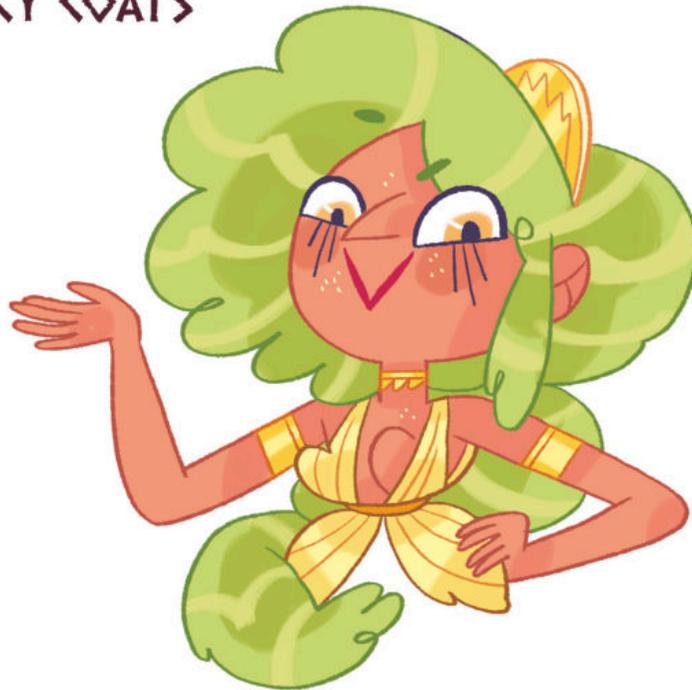




LOS 100 MITOS GRIEGOS

DE ÁTIKO EL CONTADOR DE HISTORIAS

LUCY COATS



sm



fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org



LITERATURASM•COM

Primera edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces
Traducción: Pelayo Pastor

© del texto: Lucy Coats, 2002
© de las ilustraciones: Bea Tormo, 2018
© Ediciones SM, 2012, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-981-1
Depósito legal: M-23827-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Publicado originalmente en inglés
por Orion Children's Books
Título original: *Atticus the Storyteller's 100 Greek Myths*
Ilustraciones: Bea Tormo

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Para **June “Bicho” Vallance** y **Ruth M. Rudge**,
inspiradoras directoras, impecables classicistas
y memorables profesoras.

También quiero dar las gracias a los siguientes: A Judith Elliott,
Rosemary Sandberg y Wendy Cooling, por creer en mí.

A Jane Webb y Stuart Squire, por confiarme su libro.

A Katie Paynter, por organizar las lecturas,
y a los alumnos del WHS, por asistir a ellas y disfrutarlas.

A Brue Richardson, por no dejar que me vuelva loca.

A las webs www.perseus.csad.ox.ac.uk y www.pantheon.org/mythica,
por proporcionarme útiles mapas e información.

Y, por último, a mi madre, a Richard y a Archie
y Tabitha, por sus abrazos, su cariño, su apoyo y su paciencia.

L.C.





CUENTOS DE LOS CIELOS

Hace mucho tiempo, en la antigua Grecia, los dioses y las diosas, los héroes y las heroínas, convivían con temibles monstruos y con las bestias más fabulosas que jamás hayan nadado, volado o caminado por el mundo. Pero poco a poco, a medida que la gente comenzó a construir más aldeas y pueblos y ciudades, los dioses y los monstruos se fueron ocultando en lugares remotos y secretos de los cielos y la Tierra, para poder gozar de un poco de tranquilidad.

Y aunque continuó habiendo héroes y heroínas (y siempre los habrá), estos, cada siglo que pasaba, iban siendo menos famosos y poderosos. Pero los dioses y las diosas, antes de ocultarse, les otorgaron a los humanos el don de contar historias, para que así nadie los pudiese olvidar. Ordenaron que cada siete años, en el monte Ida, cerca de Troya, hubiese un gran festival de cuentacuentos en el que deberían participar narradores de toda Grecia y de sus alrededores. Y para incentivar la afluencia de participantes, cada siete años aparecía mágicamente una preciosa vasija llena de oro hasta el borde como premio para el ganador, quien, además, sería después admirado durante el resto de su vida por todos los habitantes de Grecia.





ÁTICO EL NARRADOR SE PONE EN MARCHA

Un poco después de aquellos tiempos tan remotos, en una pequeña aldea al este de la gran ciudad de Cidonia, en la isla de Creta, vivía un zapatero llamado Ático con su mujer, Trivia, sus nueve hijos (ocho chicas y un chico), su burra Melisa, su cerda Circe, su vaca Escila, su gallo Faetón, y veinticuatro gallinas moteadas a las que no ponía nombre porque un zorro siempre se las andaba comiendo.

Ático era un maestro haciendo sandalias, pero aún era mejor como narrador de historias. Los niños de la aldea entraban cada poco en su taller para pedirle que les contase alguna, y Ático siempre estaba felizmente dispuesto a hacerlo, porque decía que los cuentos se colaban en las sandalias en las que estaba trabajando y hacían que los pies de los que las calzaban caminasen más deprisa.

Lo que Ático realmente quería era contar sus historias en el Gran Festival de los Dioses que se celebraba en Troya. Nunca había encontrado el momento para hacerlo porque, en el camino hacia allí, quería visitar los lugares donde habían nacido los dioses y donde habían habitado



los monstruos; y además quería navegar hasta Troya, al igual que lo habían hecho los reyes y las princesas griegas en la gran guerra. Era un viaje que duraría meses, así que, entre los resfriados de los niños, los partos de la vaca Escila y los nacimientos de nuevos bebés, nunca había encontrado tiempo para hacer el viaje. Pero ahora



el momento era el adecuado. Así que era ahora o nunca.

Ático decidió que su único hijo, Gerión, se ocuparía de atender el taller de sandalias, que sus hijas se ocuparían de los animales y que Trivia se ocuparía de cuidarlos a todos ellos.

Una estupenda mañana de finales de otoño, Ático cogió las cosas que necesitaba y las cargó a lomos de su burra Melisa. Se secó las lágrimas de los ojos, se sonó la nariz, abrazó a su mujer y a sus hijos siete veces para tener buena suerte en el viaje, y se puso en camino gritándoles instrucciones de última hora mientras se alejaba despidiéndose de ellos con la mano.

Nueve pañuelos llenos de mocos y uno limpio se agitaban en la distancia, mientras Ático el narrador de historias y la burra Melisa bajaban por el camino que conducía de la bahía de Cidonia hacia el puerto de Mileto.

–Espero que Gerión cuide bien mis herramientas –murmuró mientras se detenía–. Y me pregunto si las chicas se acordarán de encerrar a las gallinas por las noches. Quizá debería...

Melisa rebuznó y siguió caminando decidida, levantando nubecillas de polvo blanco con sus pequeñas pezuñas.

–Bueno, supongo que tienes razón –suspiró Ático–. Debemos empezar a caminar o no llegaremos nunca. Quizá debamos contar una historia para empezar el viaje, ¿no crees?

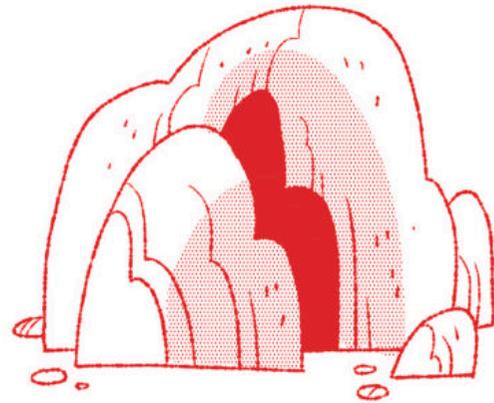
Miró al sur, hacia el monte Ida, que se veía a lo lejos.

–Empecemos por el principio de todo.

Por la tarde, Ático y Melisa habían empezado a ascender las empinadas laderas del monte Ida. Tras ellos, la aldea era ya un punto apenas visible en el horizonte. Un poco más arriba, divisaron una enorme cueva con una gran roca delante.

–Eso me recuerda otra historia de Cronos. ¿Te gustaría escucharla?

Melisa rebuznó y sacudió la cabeza de arriba abajo.



EL BEBÉ DE PIEDRA

Ahora Cronos reinaba sobre todo lo que existía, y al poco se casó con su hermana Rea, la más bella de los titanes. Pero no olvidaba lo que le había hecho a su padre, Urano, y temía que uno de sus hijos le hiciera lo mismo a él. Así que, según iba naciendo cada uno de sus hijos, él abría mucho su enorme boca y se lo tragaba de golpe.

Rea estaba muy triste porque nunca podía llegar a ver a ninguno de sus hijos, así que le pidió a Cronos que le dejase conservar aunque fuese uno solo. Pero Cronos simplemente negó con la cabeza y se dio unas palmaditas en el estómago.

–Están a salvo aquí dentro, cariño –bramó–. ¡Puedo notarlos moviéndose!

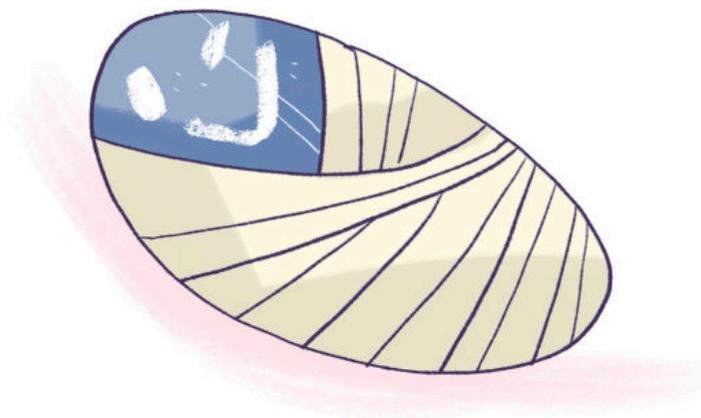


Rea decidió pedirle consejo a Gaia.

–Cuando nazca tu próximo hijo, debes engañar a Cronos –le dijo Gaia–. Busca una gran piedra, envuélvela como si fuese un bebé y déjala a tu lado. Cuando Cronos te pida que le entregues al niño, dale la piedra y esconde al bebé en un lugar seguro.

Y eso fue lo que hizo Rea.

Llevó al niño, al que había llamado Zeus, a una cueva del monte Ida, y llamó a varios seres mágicos a los que les pidió que tocasen música e hiciesen mucho ruido alrededor de la cueva, de modo que Cronos no pudiera oír a Zeus cuando llorase. Y el truco funcionó. Mientras tanto, los bebés dioses y diosas que se había comido Cronos fueron creciendo dentro de él, y le daban patadas tratando de salir. Incluso



usaban la piedra que Rea le había hecho tragar como balón para jugar dentro de su estómago. Esto hacía que Cronos estuviese siempre muy incómodo y de mal humor cuando recorría el cielo y la Tierra. De hecho, el ruido que hicieron sus tripas por causa de todo ese jaleo fue el primer trueno que se oyó nunca.



La fría luz azulada del anochecer brillaba sobre la ladera este del monte Ida cuando Ático y Melisa miraron atrás.

Aunque solo habían estado caminando durante un día, el taller de sandalias y la familia parecían estar muy lejos. Y aún les faltaba mucho camino antes de llegar tan solo al puerto de Mileto.

–Contemos otra historia para mantenernos animados –propuso Ático.

